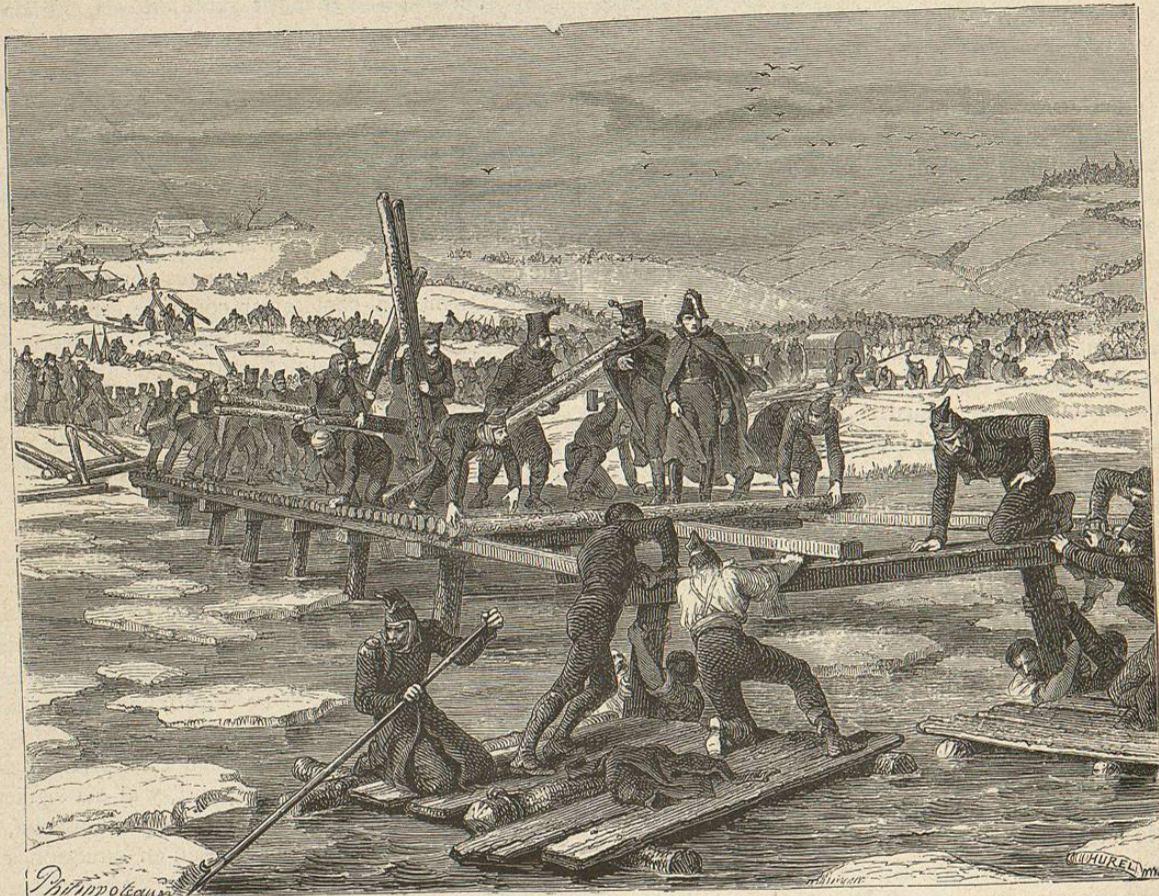


diente súplica dirigida al rey para que manifestara si, en caso de que la ruina del poderío francés fuese tan completa como debía creerse, York había de mantenerse unido á los franceses ó, en caso contrario, dijera qué conducta había este general de seguir, no dió el monarca mas contestacion que «segun las circunstancias (1).» Lo cierto es que al general York no se le ordenaba que riñera con los franceses pero tampoco se le prohibía que se pasara á los rusos. En su consecuencia, York, bajo su sola responsabilidad y arrojando de su propia cuenta todo peligro, hizo lo que creyó poder permitirse, confiado primero en los sentimientos é ideas del rey y además en el cambio que la situación universal había sufrido. Si el resultado era bueno, el rey podía aceptarlo; si



Construccion de puentes sobre el rio Berezina

el cuerpo de ejército la retirada, para no verse sorprendido y aislado del resto de las fuerzas por los rusos de Wittgenstein, que habian ya salido de Kowno. En esta retirada aconteció que los cosacos cortaron las comunicaciones entre York y Macdonald y atajaron al primero el paso en el camino de Tilsit. El general Diebitsch salió en Koltiniani al encuentro del general York, con quien celebró, en la noche del 24 de diciembre, una entrevista en el espacio que separaba á las avanzadas de ambos ejércitos. Por él supo York que los generales rusos habian recibido la orden de no considerar á los prusianos como verdaderos enemigos, porque pronto debian renovarse las antiguas relaciones amistosas que entre ambas potencias habian existido. Diebitsch se manifestó dispuesto á firmar con York un tratado de neutralidad. En la mañana del 25 de diciembre presentóse el conde Dohna á York y le hizo entrega de nuevas cartas de Paulucci y de la del emperador, de fecha 18 de diciembre, que ya conocemos. Entonces York se aventuró á celebrar con Die-

(1) Droysen, tomo I, pág. 447.

era malo, el general estaba perdido, aun obedeciendo, como obedecía, á instrucciones secretas, pues no eran éstas las que habian de decidir la cuestion, sino un poder superior ante el cual tendria que doblegarse el mismo rey. La cuestion de si existian estas instrucciones secretas y en caso afirmativo hasta qué punto llegaban, es, por lo mismo, de poca monta (2); la responsabilidad era igual para York en todos los casos, ya que en su mano no tenia el éxito, que habia de condenarle ó de absolverle. Hay que hacer constar, sin embargo, que el conde Brandeburgo debía decirle verbalmente que se habian entablado relaciones con el Austria, aunque sin expresar de qué clase eran.

Entretanto Macdonald habia emprendido con el décimo

bitsch el dia 26 de diciembre una segunda entrevista, á consecuencia de la cual cesaron todas las hostilidades, y solo se ejecutaron algunos movimientos, previamente convenidos, para aparentar que fuerzas rusas superiores habian impedido á York proseguir su marcha á Tilsit, á donde habian llegado entretanto Macdonald y Massenbach. York creyó que con todas estas negociaciones quedaba el asunto concluido, y para dar cuenta de lo ocurrido al rey envió en 27 de diciembre á Berlín á su edecan el conde Henkel de Donnersmark.

El dia 29 de diciembre descansó con sus fatigadas tropas en Taurogen, á donde llegó entonces Seydlitz, el cual no traía orden alguna ni nada que pudiese aclarar la situacion: en cambio recibió York un correo de Macdonald, con la orden de éste de que, donde quiera que se encontrara, se diri-

(2) En su *Diario* escrito en 1820, dice Seydlitz que habia tenido que participar á York «que el rey estaba resuelto á romper la alianza tantas veces violada por Napoleon, en cuanto se hubiesen aclarado algo las demás relaciones políticas del Estado.» Esto último era precisamente lo que York no podia esperar: en cuanto á la alianza con Francia, tiempo hacia que le era conocida la idea que de ella tenia formada el rey.

giera precipitadamente hácia Piktupohnen. La llegada de este correo demostraba que quedaban restablecidas las comunicaciones con el cuerpo de Macdonald y que, por tanto, no podia York seguir invocando la pretendida necesidad que hasta entonces escudaba sus actos. En la tarde de aquel mismo dia llegó el teniente coronel Clausewitz, procedente del cuartel general de Diebitsch (1). Al verlo, exclamó York: «Apartaos de mí, no quiero ya nada con vosotros. Vuestros condenados cosacos han dejado pasar un correo de Macdonald, que me ha traído la orden de marchar hácia Piktupohnen para reunirme allí con él. Aquí cesan todas las dudas: vuestras tropas no llegan y vosotros sois demasiado débiles; debo, pues, ponerme en marcha, y me propongo en lo suce-

sivo no volver á entablar unas negociaciones que podrian costarme la cabeza.» Clausewitz le suplicó que á lo menos leyera las dos cartas que le llevaba: una de ellas era la antes citada, que Macdonald habia dirigido al duque de Bassano, y en la que le decia: «*Enfin la bombe a crevé avec le général York;*» los cosacos la habian interceptado. Era la otra del general d'Auvray, jefe del Estado Mayor general del ejército de Wittgenstein, al general Diebitsch, y en ella le participaba que el dia 31 de diciembre Wittgenstein, con la vanguardia y el grueso del ejército, llegaria á Schillupischken y á Sommerau, es decir, á tres millas al Sur de Tilsit, en el camino de Labiau y Königsberg, con lo cual se cortaria la retirada á todo el décimo cuerpo. Clausewitz añadió que si



Combate con los cosacos. - De una litografía de A. Adam, cuadro de C. de Heideck (1788-1861)

el general York no queria tomar en cuenta nada de esto, seria tratado como cualquier otro general enemigo. York leyó las cartas, y despues de un rato de vacilacion, dijo: «Clausewitz, sois prusiano. ¿Creeis que la carta del general d'Auvray es leal y que realmente las tropas de Wittgenstein se encontrarán el dia 31 en el sitio designado? ¿Podeis darme de ello vuestra palabra de honor?» A lo cual contestó Clausewitz: «Garantizo á vuestra excelencia la lealtad de la carta, porque conozco al general d'Auvray y á los demás individuos del cuartel general de Wittgenstein; en cuanto á si esas disposiciones serán exactamente ejecutadas, no puedo responderos de ello, porque vuestra excelencia sabe de sobra que muchas veces en la guerra se vé uno obligado, á pesar de la mejor voluntad, á permanecer detrás de la línea que se ha trazado.» Despues de unos momentos de meditacion, York dijo á Clausewitz, tendiéndole la mano: «Soy vuestro. Decid al general Diebitsch que mañana al amanecer podre-

mos hablar en el molino de Poscherun y que estoy firmemente resuelto á separarme de los franceses y de su causa.» Despues de haber quedado en que la entrevista se verificaria á las ocho de la mañana, dijo York: «No haré las cosas á medias, sino que os traeré tambien á Massenbach;» y haciendo entrar á un oficial de la caballería de éste, que acababa de llegar, preguntóle: «¿Qué dicen los regimientos?» y al ver que el oficial no encontraba palabras bastantes para expresar el júbilo que sentian las tropas ante la idea de separarse de los franceses, dijo: «Vosotros, gente jóven, hablais bien; á nosotros los viejos, en cambio, nos vacila la cabeza sobre los hombros.»

Entonces llamó á los oficiales de su cuerpo y les dirigió las siguientes palabras: «Señores, el ejército francés ha sido destruido por la mano vengadora de Dios. Ha llegado el momento de recobrar nuestra independencia, uniéndonos al ejército ruso. El que piense como yo, el que quiera dar su vida por la patria y por la independencia, que me siga; el que no quiera, que se quede, en la seguridad de que, sea cual fuere el éxito de nuestra causa, no dejaré un momento de

(1) Clausewitz: *Obras póstumas*, tomo VII (*La campaña de 1812*), página 226.

honrar y respetar al que no participe de mi opinion y permanezca en su puesto. Si nuestra empresa sale bien, quizás el rey me perdonará el paso que voy á dar; si sale mal, mi actitud me costará la vida, y en este caso ruego á mis amigos que amparen á mi mujer y á mis hijos.» Con alegre entusiasmo acogieron los oficiales las conmovedoras palabras de su general: ninguno quiso quedarse. Uno por todos y todos por uno, tal fué el juramento que prestaron. York les despidió diciéndoles: «¡Ojalá que la obra de nuestra independencia comience y acabe con la proteccion divina (1)!»

En la mañana del 30 de diciembre reuniéronse en el molino de Poscherun el general Diebitsch, acompañado de Clausewitz y del conde Dohna, y York, seguido del coronel Roder y del mayor Seydlitz; cinco prusianos fueron, pues, los que, á tenor del proyecto de York (2), firmaron con Diebitsch el memorable convenio de Taurroggen.

Era este un convenio puramente militar, sin mezcla alguna de cuestiones políticas. Los prusianos debían ocupar el territorio de la costa del Puerto Curlandés, que se extendía entre Memel y Tilsit, quedando ellos y el terreno ocupado en situacion neutral, hasta tanto que llegaran las órdenes del rey aprobando ó rechazando el convenio. En este último caso, los prusianos podrían retirarse libremente por el camino mas corto; pero hasta el 1.º de marzo de 1813 no podrían hacer armas contra los rusos (3). Inmediatamente despues de firmado el convenio, York escribió al rey una carta en que le daba cuenta de lo ocurrido y justificaba en breves palabras su conducta. Decíale en ella: «El convenio deja á vuestra majestad en libertad completa de resolver, le conserva un cuerpo de tropas que estima en lo que vale la antigua alianza ó cualquiera que pudiere nuevamente concertarse y no subordina á V. M. al capricho de un aliado, de quien vuestra majestad tendria que recibir como regalo la conservacion ó el restablecimiento de sus Estados. Si he faltado, pongo mi cabeza á los piés de V. M.; moriré contento y tranquilo, convencido, por lo ménos, de haber cumplido mis deberes de fiel vasallo y de verdadero prusiano. Ahora ó nunca ha llegado el momento de que V. M. se libre de las arrogantes exigencias de un aliado cuyos planes respecto de Prusia están envueltos en un misterio que con razon inspira temores para el caso de que la suerte siguiera favoreciéndole. Este es el motivo que me ha impulsado á proceder como lo he hecho: ¡quiera Dios que sea para bien de la patria!»

Con esta carta se dirigió el día 30 á Berlín el mayor Thile, y el mismo día escribió York á Macdonald dándole cuenta de lo sucedido (4) y diciéndole entre otras cosas: «Las tropas prusianas formarán un cuerpo neutral y no se permitirán hostilidad alguna contra ninguna de las dos partes. Respecto de su suerte futura, de ella decidirán los sucesos que ocurran como consecuencia de las negociaciones que se han de entablar entre las potencias beligerantes. — Poco me importa el juicio que el mundo pueda formar de mi conducta: obro impulsado por los deberes que tengo para con mis tropas y despues de maduras reflexiones, y sean cuales fueren las apariencias, los móviles que me dirigen son purísimos.»

El general Massenbach, que con cinco batallones y dos escuadrones se encontraba en Tilsit al lado de Macdonald, recibió oportunamente la orden de York y pudo reunirse á su cuerpo de ejército el día 31 de diciembre.

Macdonald estaba almorzando cuando llegaron á sus manos las cartas de despedida de York y de Massenbach. Su

(1) Droysen, tomo I, pág. 488.

(2) Droysen, tomo I, pág. 479.

(3) El texto íntegro se encuentra en Fain: *Manuscrito de 1813*, t. I, páginas 198-200.

(4) Fain, tomo I, págs. 201-202.

contenido le afectó profundamente, pero comprendió que los dos generales prusianos no podían hacer otra cosa, y dirigiéndose al teniente Korff, que mandaba los 32 dragones de su escolta de estado mayor, le dijo: «La situacion de las cosas es tal, que no podeis permanecer por mas tiempo á mi lado: marchad con vuestro destacamento al otro lado de Memel, donde encontrareis vuestro cuerpo de ejército y vuestro regimiento.» Hablóle luego del respeto que le merecian los prusianos, encargóle saludara en su nombre á varios oficiales, dióle algunos regalos para los dragones que últimamente le habían dado la guardia y le suplicó que conservara de él un buen recuerdo. Por último, despidióse conmovido con las siguientes palabras: «Es posible que las circunstancias cambien y en este caso pronto nos volveremos á ver: de lo contrario volveremos á vernos en el campo del honor. Dios os guarde.»

Inmediatamente salió el mariscal de Tilsit con el resto de su cuerpo, y el día 1.º de enero de 1813 entró en esta ciudad el general York, el cual, desde allí, envió al rey por conducto del conde Brandenburg, que acababa de llegar á su cuartel general, una segunda carta mas detallada, fechada en 3 de enero, en la que desahogaba su corazon y hablaba á la conciencia de su rey con la elocuencia de un sentimiento largo tiempo y con mucho trabajo contenido. Esta carta es un verdadero monumento del sentimiento patrio del «férreo York», y por ello creemos necesario consignar sus principales párrafos. Despues de una breve memoria relativa á la ejecucion del convenio firmado con Wittgenstein y especialmente á la ejemplar conducta del general Massenbach al juntarse con York, añadía: «He dado este paso sin orden de V. M., pero las circunstancias y otras consideraciones importantes han de justificarlo á los ojos de los contemporáneos y de la posteridad aun en el caso de que la política exija la condenacion de mi persona. Dada la situacion en que el cuerpo de ejército se encontraba, podía calcularse con exactitud matemática que las marchas forzadas y los desesperados golpes habían de hacerle llegar al Vístula en un estado de disolucion completa, si no quedaba antes enteramente aniquilado. La retirada del mariscal, que fué una verdadera fuga, y los últimos combates ordenados por los generales franceses confirman lo que digo y claramente demuestran lo que habia que esperar. En esta alternativa no se abria ante mí mas camino que el que he emprendido. En el suelo patrio, los súbditos de V. M. hubieran tenido que derramar su sangre para salvar á las hordas que han asolado como enemigos y como aliados nuestra patria, y esto para luego tener que soportar las cadenas de un conquistador exaltado hasta la locura. Mientras Napoleon tenga un soldado en Alemania, la ilustre dinastía de V. M. está en peligro: su odio contra Prusia no puede extinguirse y nunca se extinguirá. Las cartas que Napoleon escribia á Bassano y que han sido interceptadas demostrarán á V. M. lo que de tal aliado podia esperarse. Si el ejército francés fuese todavía bastante fuerte para pesar algo en la balanza, en el caso de que se entablara una negociacion, los Estados de V. M. serian la prenda que resolvería la paz. La suerte lo quiere de otro modo: la monarquía de vuestra real majestad, aunque mas reducida que en 1805, tiene la mision de ser la redentora y defensora del pueblo prusiano y de todos los pueblos alemanes. Es evidente que la mano de la Providencia dirige la gran obra, pero hay que aprovechar rápidamente este momento histórico. La suerte del mundo depende de lo que diga V. M. Las negociaciones que quizás tiene ya V. M. entabladas, tendrán mayor fuerza si V. M. da un paso enérgico y decisivo. El pusilánime necesita quien le dé un ejemplo y el Austria seguramente seguirá el camino que V. M. emprenda; V. M. me conoce

como hombre tranquilo, frio y ajeno á la política. Mientras las cosas siguen su curso ordinario, todo leal servidor tiene que amoldarse á las circunstancias de tiempo, tal es su deber; pero estas circunstancias han traído una situacion muy distinta y en su consecuencia es tambien deber suyo utilizar una ocasion que no ha de volverse á presentar. Al hablar así, empleo el lenguaje de un antiguo y leal servidor, lenguaje que es el que usa asimismo casi toda la nacion. La resolucion que V. M. adopte dará nueva vida y nuevo entusiasmo á todos: nosotros nos portaremos como antiguos prusianos de corazon y el trono de V. M. permanecerá en el porvenir firme é inquebrantable. Espero con impaciencia la decision de V. M. para ver si he de atacar al verdadero enemigo ó si las circunstancias políticas exigen que V. M. me condene. Una y otra cosa acataré con leal sumision y juro á vuestra real majestad que con la misma tranquilidad moriré en el patíbulo que en el campo de batalla en que he envejecido. En su consecuencia, imploro de V. M. la gracia de que al formular la sentencia que haya de darse, no tenga para nada en cuenta mi persona. Sea cual fuere la muerte que me esté deparada, siempre moriré como súbdito el mas sumiso y fiel de V. M. — York. — Tilsit, 3 de enero de 1813.»

## CAPITULO VI

JUICIO DE DIOS EN RUSIA. — FEDERICO GUILLERMO SE DECIDE POR LA GUERRA. — DIETA DE KONIGSBERG

El gobierno del primer cónsul Bonaparte habia sido considerado como un inmenso beneficio, porque en el interior creó con los medios mas sencillos y mas eficaces todo cuanto la Francia necesitaba para vivir, despues de diez años de anarquía y de suicidas dilaceraciones, y al propio tiempo porque en el exterior supo mantener con verdadera maestría el honor y el poderío de la nacion sin mengua, pero tambien sin abuso. El Consulado, siguiendo con rara constancia una conducta de energía y de sabia prudencia, llenó todos los deberes de una monarquía nacional y se puso en las mejores condiciones para convertir á fuerza de años y de servicios, á fuerza de virtudes militares y cívicas, el poder que violentamente habia conquistado en derecho inatacable. Pero el abominable asesinato del inocente duque de Enghien rompió el velo de todas las ilusiones con que la Francia hasta entonces habia visto elevarse á su joven héroe. Entonces volvió á ser el corso para los franceses, el aventurero para los monarcas, el extranjero ante la conciencia de la nacion, que habia creído verse libre así del asesinato por maldad como del homicidio perpetrado en las ansias de la muerte. La política de dominacion universal á que se entregó muy luego el emperador, hasta el punto de embriagarse con ella, contribuyó en gran manera á que el imperio fuese considerado en su propio país como una dominacion extranjera. ¿Qué se proponia hacer con el continente, al cual parecia haber esclavizado con el solo fin de trastornarle sin cesar? El interés nacional de Francia nada tenia que ver con la desmembracion de Prusia, ni con la dominacion de Portugal y de España, ni con las anexiones del mar del Norte, del mar Tirreno y del mar Adriático, de los grandes ducados de Berg, Francfort, Wurzburg, del ducado de Varsovia, y de los reinos de Westfalia, Italia y Nápoles. ¿Había, por ventura, fuera de Francia algun interés que exigiera todo esto? Napoleon dijo en Santa Elena (1): «Uno de mis grandes pensamientos era la aglomeracion, la union de los pueblos geográficamente iguales, á quienes las

revoluciones y la política habian disuelto y fraccionado. Hay en Europa, aunque diseminados, mas de 30 millones de franceses, 15 millones de españoles, 15 millones de italianos y 30 millones de alemanes: de cada uno de estos pueblos hubiera hecho yo de buena gana un cuerpo nacional unitario y con tal séquito se habria podido llegar á la posteridad y atraerse la bendicion de los siglos. Yo me sentia digno de esta gloria.» Con especial interés hubiera completado la «educacion nacional de los italianos,» y murió sin haberse explicado por qué no habia habido ningun príncipe alemán que explotara los vivos deseos de unidad que á los alemanes animaban. «Es indudable que á haber querido el cielo que yo naciera príncipe alemán, habria infaliblemente reinado, en medio de las muchas mudanzas de nuestro tiempo, sobre 30 millones de alemanes unidos, y en lo que creo conocerlos pareceme ahora que si alguna vez me hubiesen elegido y aclamado, yo no los habria abandonado y actualmente no estaria sentado en este sitio.» Napoleon no pensó en Santa Elena en aquellos polacos (2) que habian derramado su sangre por él como por ningun héroe de su raza, ni intentó siquiera armonizar la campaña de 1812 con ninguno de sus «grandes pensamientos.» Como única clave para explicar lo inexplicable, dejó á la posteridad la confesion de que propiamente no habia sido nunca dueño de sus acciones, de que «jamás habia sido verdaderamente él mismo (3).» «Puedo haber tenido muchos proyectos, pero nunca me encontré en situacion de realizar uno solo de ellos. Cierto que mis manos empuñaban el timon, pero por fuertes que estas manos fueran, mas fuertes eran todavía las muchas olas que de repente azotaban la nave, y yo tuve la prudencia necesaria para preferir ceder á ellas y yo zozobrar oponiéndoles tenaz resistencia. Por esto no fui nunca dueño de mí mismo, sino que siempre he tenido que dejarme llevar por las circunstancias, de tal suerte que á mi eleccion al Consulado, cuando algunos verdaderos amigos y ardientes partidarios me preguntaban, con la mejor intencion y para tener ellos mismos un objetivo, hasta dónde pretendia llegar, siempre les contestaba que no lo sabia, lo cual les aturdira y quizás les disgustaba y sin embargo les decia la pura verdad. Despues, en tiempo del imperio, cuando se tenia menos confianza en mí, muchas caras parecian quererme hacer igual pregunta y á la verdad que hubiera podido darles la misma contestacion. Nunca fui dueño de mis acciones, porque no fui tan loco que quisiera subordinar los acontecimientos á mi sistema.»

El hecho que con esto confesaba Napoleon y del que, faltando á la verdad, queria hacer responsable no á sí mismo sino á la fuerza de las circunstancias, no fué un secreto mientras él fué emperador. Cuanto mas ahondamos en la historia secreta de su época, tanto mas claro aparece que precisamente en los días de su mayor poderío existió entre sus amigos y entre sus enemigos una conjuracion tácita contra él fundada en el convencimiento general de que su sistema no duraria, ni podia durar, sino que seria destruido por su propia demencia. En 17 de enero de 1811 escribia el conde Metternich al emperador Francisco: «El convencimiento, comun á tantos soberanos y súbditos, de lo efímero de la opresion que les agobia es, á mi modo de ver, la verdadera causa de la posibilidad de que se realicen los colosales y destructores planes de un solo hombre. Por muy alto que sea el peldaño en que éste se encuentre, no lo será nunca bastante para hacer que sea duradero lo que realmente vemos. Napoleon es el único que vive y obra en el presente:

(2) Véase mas arriba.

(3) *Je n'ai jamais été réellement tout à fait à moi.* — *Corresp.*, XXXII, página 303.

(1) *Corresp.*, XXXII, págs. 305-306.